

JAN POTOCKI

MANUSCRITO
ENCONTRADO EN ZARAGOZA
(VERSIÓN DE 1810)

EDICIÓN Y NOTAS
A CARGO DE FRANÇOIS ROSSET
Y DOMINIQUE TRIAIRE

PRESENTACIÓN
DE MARC FUMAROLI

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Manuscrit trouvé à Saragosse*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la edición y las notas,
2006 by François Rosset y Dominique Triaire
© de la presentación, 2009 by Marc Fumaroli
© de la traducción, 2009 by José Ramón Monreal
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.U.

Imagen de la cubierta, fragmento
de *El hechizado por fuerza* (1797-1798),
de Francisco de Goya

ISBN: 978-84-92649-26-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 42 774-2009

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió*
BARÓ *Encuadernació*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ADVERTENCIA¹

Como oficial del ejército francés, tomé parte en el sitio de Zaragoza.² Algunos días después de la toma de la ciudad, habiendo avanzado hacia un lugar algo apartado, descubrí una casita bastante bien construida, que creí en un principio que no había sido visitada aún por ningún francés.

Sentí la curiosidad de entrar. Llamé a la puerta, pero vi que no estaba cerrada; la empujé y entré. Llamé, busqué, pero no encontré a nadie. Me pareció que se habían llevado todo cuanto tenía algún valor; pues no quedaban sobre las mesas y dentro de los muebles más que objetos de escasa importancia. Sólo vi en el suelo, en un rincón, varios cuadernos escritos; les eché una ojeada. Se trataba de un manuscrito español; aunque mi conocimiento de esta lengua era muy pobre, sabía lo bastante para darme cuenta de que aquel libro podía ser entretenido: se hablaba en él de bandoleros, de aparecidos, de cabalistas, y nada mejor para distraerme de las fatigas de la campaña que la lectura de una novela estrambótica. Convencido de que el libro no volvería nunca a las manos de su legítimo dueño, no dudé en apropiármelo.

Días después nos vimos obligados a dejar Zaragoza. Habéndome visto desgraciadamente separado del grueso del ejército, caí prisionero de los enemigos junto con mi destacamento; creí que había llegado mi última hora. Tras llegar al lugar adonde nos llevaban, los españoles comenzaron a despojarnos de todos nuestros efectos personales. Yo pedí únicamente poder conservar una sola cosa que a ellos no podía serles de ninguna utilidad: el manuscrito que había encontrado. De entrada no dejaron de poner algunas pegas, pero finalmente pidieron el parecer del capitán, quien, tras echar

ADVERTENCIA

una ojeada al libro, vino a donde yo estaba y me dio las gracias por haber conservado intacta una obra a la que él atribuía gran importancia, pues contenía la historia de un antepasado suyo. Yo le conté de qué modo había llegado a mis manos, él me llevó consigo y durante la bastante larga temporada que pasé en su casa, donde fui muy bien tratado, le rogué que me tradujera esta obra al francés y la escribí a su dictado.

PRIMER DECAMERÓN

JORNADA PRIMERA

El conde de Olavide no había establecido aún colonias extranjeras en Sierra Morena;¹ en aquel tiempo esta arriscada cadena montañosa que separa Andalucía de la Mancha estaba habitada únicamente por contrabandistas, bandoleros y algunos gitanos, que, según se decía, se comían a los viajeros tras haberlos asesinado, y de aquí el proverbio español: «Las gitanas de Sierra Morena quieren carne de hombres».

Pero esto no es todo. El viajero que se internaba por aquella región salvaje se veía asaltado, por lo que se decía, por mil terrores capaces de helar el corazón del más valiente. Oía voces quejumbrosas mezclarse con los silbos de la tempestad; resplandores engañosos le extraviaban, y unas manos invisibles le empujaban hacia abismos sin fondo.

Cierto que no faltaban por el aciago camino algunas ventas dispersas, pero unos aparecidos, más diabólicos que los mismos venteros, habían obligado a éstos a cederles su puesto y a retirarse a unas regiones en las que su reposo sólo se veía turbado por los remordimientos de sus conciencias, especie de fantasmas con los que los venteros llegan a determinados arreglos. El de la posada de Andújar ponía a Santiago de Compostela por testigo de la veracidad de estos relatos maravillosos, para terminar añadiendo que los ballesteros de la Santa Hermandad se habían negado a encargarse de cualquier expedición por Sierra Morena, y que los viajeros tomaban el camino de Jaén o el de Extremadura.²

Yo repuse que esta elección podía ser buena para unos viajeros corrientes, pero que para mí, dado que el rey don

Felipe V me había concedido la gracia de honrarme con el grado de capitán de las Guardias Valonas,³ las sacrosantas leyes del honor me obligaban a viajar a Madrid por el camino más corto, sin preguntarme si era el más peligroso.

—Mi joven señor—prosiguió el posadero—, vuesa *merced* me permitirá que le haga observar que, aunque el rey le haya honrado con una compañía de las guardias antes de que la edad os haya honrado con la más leve pelusilla en el mentón, sería cuando menos oportuno dar prueba de prudencia; ahora bien, yo digo que cuando los demonios se adueñan de una región...

Habría seguido hablando, pero yo había picado ya espuelas, y no me detuve hasta encontrarme fuera del alcance de sus amonestaciones. Entonces me volví, y vi que gesticulando me indicaba de lejos el camino de Extremadura. Mi criado López y mi *zagal* Mosquito me miraban con una cara de pena que quería decir más o menos lo mismo. Yo fingí no comprenderles y me adentré por los matorrales, donde con posterioridad han fundado la colonia llamada La Carlota.

Justo en el lugar que ocupa hoy la casa de postas había por aquel entonces una posada, muy conocida por los muleros, que la llamaban *Los Alcornoques*, porque dos hermosos árboles de esta especie daban sombra a una fuente de abundante agua, que vertía en un abrevadero de mármol. Ésa era la única fuente y la única sombra que se encontraba desde Andújar hasta la *Venta Quemada*. Esta venta se alzaba en medio del páramo, pero era grande y espaciosa. En realidad era un antiguo castillo de tiempos de los moros destruido antiguamente por un incendio y reparado con posterioridad para hacer de él una venta, de ahí el nombre de Venta Quemada. Un burgués de Murcia se había establecido en ella. Los viajeros partían, pues, por la mañana de Andújar, comían en Los Alcornoques las provisiones que se habían llevado y luego hacían noche en la Venta Quemada. A menudo incluso pasa-

ban allí el día siguiente para prepararse para el paso de los montes y hacer acopio de nuevas provisiones; tal era también el plan de mi viaje.

Pero cuando estábamos ya cerca de Los Alcornos, y yo le hablaba a López del almuerzo que pensábamos hacer allí, me percaté de que Mosquito no estaba con nosotros, así como tampoco la mula cargada con nuestras provisiones. López me dijo que el mozo se había quedado unos cientos de pasos atrás para arreglar algún desperfecto de la albarda de su montura, le esperamos, luego seguimos unos pasos más adelante, y a continuación nos detuvimos de nuevo para esperarle, le llamamos, volvimos sobre nuestros pasos con el fin de buscarlo: todo fue en vano. Mosquito había desaparecido y se había llevado consigo nuestras más preciadas esperanzas, es decir, toda nuestra comida. Yo era el único que estaba en ayunas, porque López no había dejado un solo momento de roer un queso del Toboso que se había procurado, pero tampoco él estaba nada contento y rezongaba entre dientes que el posadero de Andújar ya lo había dicho, y que seguramente habían sido los demonios los que se habían llevado al desventurado Mosquito.

Al llegar a Los Alcornos encontré una cesta en el abrevadero con el fondo cubierto de pámpanos; parecía haber estado llena de fruta y haber sido olvidada por algún viajero. Rebusqué con curiosidad dentro de ella y descubrí con gran alegría cuatro hermosos higos y una naranja. Ofrecí dos higos a López, pero él los rehusó, diciendo que podía esperar hasta la noche. Yo me comí, pues, toda la fruta, tras lo cual quise saciar mi sed en la vecina fuente. López me lo impidió, sosteniendo que después de la fruta el agua me haría daño y que él podía ofrecerme un resto de vino de Alicante. Yo acepté su ofrecimiento, pero apenas hubo llegado el vino a mi estómago sentí una fuerte opresión. Vi girar cielo y tierra sobre mi cabeza, y sin duda me habría desmayado de no haberse

apresurado López a prestarme auxilio. Hizo que me recuperara del desfallecimiento y me dijo que no debía asustarme, porque no se trataba más que de un efecto del cansancio y de la inanición. Efectivamente, no sólo me sentí restablecido, sino incluso en un estado de fuerza y de excitación que tenía algo de extraordinario. Los campos me parecían esmaltados de los más vivos colores; los objetos refulgían ante mis ojos como los astros en las noches de estío, y sentía pulsar mis arterias, sobre todo en las sienas y en la garganta.

López, viendo que mi malestar no había tenido consecuencias, no pudo evitar volver a sus lamentos.

—Ay—dijo—, ¿por qué no habré hecho caso a fray Jerónimo de la Trinidad, monje, predicador, confesor y oráculo de nuestra familia? Es cuñado del yerno de la cuñada del suegro de mi suegra, y como es el pariente más cercano que tenemos, en nuestra familia no se hace nada sin tener en cuenta sus consejos. Yo no quise seguirlos y he recibido el justo castigo por ello; me dijo que los oficiales de las Guardias Valonas eran unos herejes, como es fácil de ver por sus cabellos rubios, sus ojos azules y sus mejillas sonrosadas, mientras que los cristianos viejos tienen la tez del color de Nuestra Señora de Atocha pintada por san Lucas.

Detuve aquel chaparrón de impertinencias ordenando a López que me diera mi fusil de dos cañones y se quedara junto a los caballos, mientras que yo subiría a alguna peña de los alrededores para tratar de descubrir a Mosquito o al menos su rastro. A estas palabras, López se deshizo en llanto y, agarrándose a mis rodillas, me suplicó en nombre de todos los santos que no le dejara solo en un lugar tan lleno de peligros. Me ofrecí a custodiar yo los caballos mientras él iba de avanzadilla, pero esta solución le pareció mucho más aterradora aún. Sin embargo, le expuse tantas buenas razones para ir a buscar a Mosquito que me dejó partir. Luego se sacó del bolsillo un rosario y se puso a rezar junto al abrevadero.